ENCESA 2027

ATALAYANDO EL CAMBIO

Un mismo mar. Tantos nombres.

Mare Nostrum. Nuestro mar.

Mare Internum. El mar interior.

Mesógeios Thálassa. El mar en medio de las tierras.

Al-Baḥr al-Abyaḍ al-Mutawassiṭ. El Mar Blanco del Medio.

Mar Mediterráneo. El mar en medio de las tierras.

Durante siglos, diferentes pueblos han llamado a este mar según su manera de mirarlo y de vivirlo. Porque **los nombres no solo designan las cosas: también revelan nuestra mirada.** Para algunas personas, el Mediterráneo es hogar, paisaje, vacaciones y horizonte. Para otras, es camino, frontera, miedo y desaparición. **Un mismo mar puede ser un paraíso o un cementerio.** Y nos negamos a aceptar que acabe recibiendo otro nombre: **el mar de la muerte.**

Como jóvenes, queremos romper con las etiquetas que nos impiden ver a las personas tal como son. Palabras como irregulares, extranjeros o MENAS esconden nombres, historias, miedos y sueños. **Ninguna etiqueta puede definir una vida.** ¿Por qué sospechamos de quienes huyen de la guerra, del hambre o de la persecución? ¿Por qué el dinero hace que una persona extranjera sea bienvenida, mientras que la pobreza se convierte en un motivo de rechazo?

Alzamos la voz porque **los derechos humanos no son un premio que haya que ganarse.** Nos pertenecen desde el momento en que nacemos. Pero demasiadas veces se pierden entre fronteras, muros invisibles y una burocracia que olvida que **la dignidad no entiende de pasaportes.** No podemos permitir que las vidas se reduzcan a cifras ni acostumbrarnos a contar muertes y olvidar personas.

Todo el mundo tiene la sangre roja. ¿Por qué tendríamos que sangrar para demostrar que somos iguales?

Quizás la pregunta no sea qué nos hace diferentes, sino por qué esas diferencias nos impiden reconocer aquello que compartimos. Porque, a veces, **no es la realidad la que nos separa, sino la manera en que la miramos.**

Durante siglos, desde las atalayas se vigilaba el mar para advertir de posibles amenazas. Cuando aparecían embarcaciones en el horizonte, se encendían señales de alerta. Hoy regresamos a estas torres con otra voluntad: **allí donde**

antes se veía una posible amenaza, queremos reconocer personas; allí donde se encendía una señal de alerta, encendemos una luz de solidaridad.

Esto es, para nosotros, **atalayar el cambio**: cuestionar los prejuicios y transformar nuestra manera de mirar, pero también actuar. Empezamos cuando no nos reímos de una broma racista, cuando defendemos a quien sufre discriminación, cuando no compartimos una mentira y cuando conocemos antes de juzgar. **Porque el cambio no comienza con grandes discursos, sino con lo que hacemos cada día.**

Desde estas atalayas, queremos que nuestro compromiso viaje como las antiguas señales, de isla en isla, de costa en costa y de pueblo en pueblo. Que anuncie un Mediterráneo donde la diversidad no sea motivo de división y donde ninguna frontera valga más que una vida humana.

Un mismo mar. Tantos nombres.

Mare Nostrum, nuestro mar. El mar de todos y todas. Pero no basta con llamarlo así. **No puede ser nuestro un mar donde hombres, mujeres, niños y niñas arriesgan la vida buscando un lugar donde vivir y donde tantas personas nunca llegan a la otra orilla.**

Hoy, desde estas atalayas, encendemos una luz. **Una luz para atalayar el cambio y, con ella, una pregunta que nos compromete:**

Y nosotros, ¿qué Mediterráneo llamaremos nuestro?